

RECENSIONES

BENOIST-MÉCHIN: *Deux étés arabes*. Albin Michel. París, 1972, 389 pp.

Benoist-Méchin, autor de *Histoire de l'armée allemande* y de *Soixante jours qui ébranlèrent l'Occident*, aparte de afamado historiador, es una de las mejores plumas de un país que destaca entre todos en el arte de escribir, en razón de la precisión y claridad mental que caracteriza a los franceses. Por una vocación que le brota de la hondura de su simpatía, es además uno de los más sagaces, profundos e inteligentes observadores del mundo árabe contemporáneo de Francia, que no anda escasa en especialistas y estudiosos del tema. Sin embargo, en nuestra opinión, no se puede encajillar a Benoist-Méchin entre tales especialistas y estudiosos. No por falta de conocimientos y preparación, por supuesto, sino debido a su personalísimo modo de abordar el mundo árabe. Lo hace, desde luego, con inteligencia, pero llevado de su fina sensibilidad, su intuición, y de un calor humano que es amistad leal sin mengua de la lucidez. Con Benoist-Méchin nos alejamos del especialista atiborrado de lecturas, datos y estadísticas, con frecuencia propenso a prejuicios o inapelables juicios. «El amor no es ciego, sino la indiferencia», dijo Ganivet. De ahí que cuanto ha escrito Benoist-Méchin sobre el Cercano Oriente refleje una aprehensión total de su realidad, con sus luces y sus sombras, sus aciertos y fallos, sus esperanzas y desengaños y esa su misteriosa poesía y encanto.

En *Deux étés arabes* hallamos de entrada la misma alta calidad literaria, dotes de comprensión y claridad expositiva que en obras tales como *Ibn Séoud ou la naissance d'un royaume* o *Un printemps arabe*. No obstante, la que nos ocupa difiere un tanto de las anteriores por centrarse en el relato de hechos históricos recientes, de los que Benoist-Méchin ha sido testigo de excepción. «Al viajar, sucede que el historiador se topa con la Historia en su camino», dice en una breve nota preliminar el autor de *Deux étés arabes*. Porque Benoist-Méchin, procedente de Arabia Saudita, llegó a El Cairo con ánimo de visitar Assuan, al agudizarse la crisis árabe-israelí de mayo-junio de 1967. También como invitado estaba presente en Sjirat aquel 10 de julio de 1971, en que un golpe de Estado, fracasado apenas iniciado, se saldó con una matanza en la que Benoist-Méchin estuvo a punto de perder la vida. La mera circunstancia de haber vivido aquellos momentos álgidos de Egipto y Marruecos sería ya de por sí motivo suficiente para que fuera interesante la obra que los relata. Por haberlos vivido un historiador y escritor de la talla de Benoist-Méchin, ampliamente relacionado en ambos países, *Deux étés arabes* adquiere singular categoría en el ámbito no sólo informativo, sino histórico y político.

El relato de aquellos dos episodios de la historia contemporánea de Egipto y Marruecos, Benoist-Méchin lo presentó en forma de diario iniciado en El Cairo el 15 de

mayo de 1967. En él consigna sucesos, conversaciones, noticias de prensa, impresiones y los personales comentarios que le sugiere la marcha de unos acontecimientos que tenían la inexorable concatenación de la fatalidad. En ellos se vio inmerso, pero no al extremo de no poderlos considerar atentamente para analizarlos y sacar conclusiones. El resultado de esta tarea de observador es tanto más interesante cuanto que de aquellos días, en que la paz del mundo pareció amenazada, Occidente sólo ha tenido una visión parcial, cuando no deformada, de la realidad de los propósitos y de la situación en el mundo árabe, singularmente el egipcio, voz cantante de ese mundo. Tampoco conoció qué objetivos perseguía el presidente Nasser al pedir la retirada de los cascos azules o decretar el cierre del estrecho de Tirán. Eran meramente políticos, afirma y demuestra Benoist-Méchin, con todo lujo de detalles y pruebas concretas. Pero al escurrir la URSS el bulto de su promesa de apoyo a Egipto y, en cambio, confirmar—y dar—Estados Unidos su ayuda a Israel, la agresión, en la que Egipto no creía, se hizo inevitable. A ella había contribuido la verborrea radiofónica árabe y una propaganda mal coordinada con la acción gubernamental.

No es posible entrar en el detalle de la artera encerrona que Israel, sus aliados y sus peones de biega prepararon a Egipto partiendo del ataque a Siria del mes de abril. Evidentemente, de no haberse hecho la URSS la distraída, era la guerra mundial. Descartada esa eventualidad por razones obvias, la URSS hubo de adaptar su comportamiento a la realidad de que era una potencia *regional* frente a los Estados Unidos, potencia *mundial* en razón de su superioridad naval. Sólo en caso de enfrentamiento directo las dos potencias se equilibran, dado su poder atómico. Por ello, sin vacilar, Benoist-Méchin carga en la cuenta de los Estados Unidos la responsabilidad moral de la agresión israelí, alentada por iniciativas norteamericanas, cuales el paso por el canal de Suez del *Intrepid* o la invitación hecha por Washington a las potencias marítimas—entre ellas España—de forzar el bloqueo de Tirán, entre otros aspectos poco o nada conocidos de la cuestión. Benoist-Méchin desembrolla la madeja con maestría tal que el lector se sorprende de no haber sabido hacerlo. No cabe mayor talento que dar la impresión de que es muy fácil tenerlo.

Las horas dramáticas de la breve guerra, la dimisión de Nasser, su permanencia en el poder bajo la presión incoercible del pueblo, adquieren en la pluma de Benoist-Méchin singular realismo, como tienen vida y personalidad propia cuantos amigos o simples conocidos figuran en esta obra. A veces sólo son una leve sombra, pero inconfundiblemente la proyecta un ser humano que Benoist-Méchin no mira nunca con indiferencia. La emoción sincera y púdica que domina *Deux étés arabes* se torna estremecido horror ante los soldados egipcios abrasados por el napalm y que agonizaban sin remisión en los hospitales de El Cairo. Y ¡felices ellos!, toda vez que miles de heridos y víctimas del napalm murieron desamparados en el Sinaí porque Israel no autorizó a la Cruz Roja Internacional a prestarles auxilio. «Habíamos olvidado la palabra de Josué: el Dios de Israel no tiene misericordia», le dijo un médico a Benoist-Méchin. Sin embargo, no todo, ni mucho menos, es dolor o angustia en esta obra, que se lee con apasionado interés. Benoist-Méchin está demasiado abierto a la compleja vida para no recoger sus aspectos pintorescos, jocosos, poéticos o sugeridores de reflexiones que tienen sabor de depurada espiritualidad. Entonces olvidamos al historiador, al escritor, al fino observador del mundo árabe y nos encontramos con un joven de

RECENSIONES

clara inteligencia y vibrante sensibilidad, que recorre la vida cual si fuera un placentero espectáculo. A este respecto, es de señalar el viaje a Assuan con sus diversas y en ocasiones divertidas peripecias. La capacidad descriptiva de Benoist-Méchin alcanza cotas difícilmente superables cuando describe la presa y los templos de Nubia, que permiten comprobar una erudición de la que parece excusarse, si bien se advierte el fallo de información de no mencionar a España entre los países que han colaborado en la salvación de los templos nubios, como atestigua el donado por Egipto, reconstituido en Madrid.

Mucho más breve forzosamente es la parte correspondiente a los sucesos de Sjirat propiamente dichos, que sólo duraron horas, que debieron de parecer eternas a Benoist-Méchin, cuya vida estuvo supeditada al capricho de un faccioso drogado, como lo estaban todos, lo que presta carácter demencial a una tragedia poco menos que única en la Historia. El relato coherente de aquel episodio de horror tiene tanta veracidad como grandeza, no faltando en el cuadro una compasión dolorida por esos verdugos que poco después habían de compartir la suerte de sus víctimas. En esa parte de la obra se echa de menos un ir más allá de la corteza de los sucesos de Sjirat, que es su versión oficial, o sea, explicar—o intentar explicar—cómo pudo ser que doce de los dieciséis generales del ejército marroquí, según Benoist-Méchin, fueran parte de la conjura. Ni la ambición personal ni vientos revolucionarios procedentes del Cercano Oriente son explicación satisfactoria de un complot que sugería, cuando menos, un gran malestar en las fuerzas armadas. Tal evidencia, de otra parte, el nuevo atentado contra Hassan II del 16 de agosto pasado. Finalmente, un complot de la envergadura del de Sjirat y su reiteración a los trece meses requiere un determinado contexto político y social. Benoist-Méchin no se ha detenido a estudiarlo. Acaso se lo vedaba su amistad personal con Hassan II. De ser éste el motivo de su reserva, es respetable, si bien haya de lamentarlo todo el que desea conocer el meollo del incuestionable problema marroquí, porque Benoist-Méchin está calificado y preparado como pocos para informar de la realidad de cualquier país árabe o perteneciente al mundo árabe. Pero, como dijo Pascal, «el corazón tiene razones...», que el lector, con un mínimo deseo de conocer la verdad, no puede por menos que deplorar.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

K. BRUTENTS: *El neocolonialismo y la lógica de la Historia*. Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti. Moscú, 1972. 352 pp.

Desde estas primeras líneas, líneas que bien pueden servir de prolegómeno al extenso tema que en este libro con cierta hondura se debate, debemos subrayar que no estamos de acuerdo con la afirmación efectuada por el autor del mismo en torno de que el neocolonialismo ha sido poco estudiado todavía como fenómeno político, económico-social e ideológico—podríamos exponer una relación de obras y revistas especializadas en las que, con la objetividad y el conveniente detenimiento, el neocolonialismo ha sido analizado casi exhaustivamente—. Sí es cierto, en cambio, que el tema goza de una innegable «juventud» y que, consecuentemente, «cada día urge más la necesidad de tener una clara noción sobre la esencia de los métodos del neocolonialismo y de analizar la política que sigue en el «Tercer Mundo» el imperialismo norteamericano, su principal portador. Y es necesario—cosa que especifica el autor—no sólo por razones cien-

tíficas, sino, en primer lugar, por las tareas prácticas que tienen ante sí los pueblos recientemente liberados en su lucha por la plena emancipación nacional y social». En definitiva, el problema del neocolonialismo es también uno de los sectores candentes de la batalla ideológica que libran las fuerzas del socialismo.

Lógicamente, si es que la lógica existe en la Historia (ya polemizaremos más adelante sobre este extremo), la confrontación del origen y los rasgos principales del neocolonialismo con su predecesor histórico, el colonialismo «clásico», es el punto de partida más convincente para estudiar el neocolonialismo. Esta confrontación es importante para comprender tanto las causas del origen y las particularidades del neocolonialismo como sus contradicciones y su lugar en la evolución de la política colonial del imperialismo.

¿Qué es realmente el colonialismo...? El colonialismo es la explotación y la opresión en el terreno político y económico, así como la esclavización espiritual de unos países (generalmente habitados por otra nación y menos desarrollados en el sentido económico-social) por las clases explotadoras dominantes de otros Estados. Es obvio, en todo caso, que —y sería muy conveniente para comprender este juicio la pausada lectura de la bellísima antología que en torno al «anticolonialismo» no hace mucho tiempo han efectuado los profesores Marcel Merle y Roberto Mesa y que acaba de editarse entre nosotros¹— el término «colonialismo» puede ser empleado y se emplea también para designar la política colonialista, es decir, la política orientada a imponer y conservar las relaciones de opresión colonial y nacional, de dependencia y explotación mediante la coerción militar, política e ideológica. Digamos, sin necesidad de mayor argumentación, que los anales del colonialismo son bastante amplios.

A juicio del autor de estas páginas, cosa que no se cansa de repetir a lo largo del libro, la primera y más importante de todas las causas que han mantenido en pie el fuego sagrado del colonialismo radica, naturalmente, en el «capitalismo». El capitalismo, pontifica el doctor Brutents, fue siempre, desde los tiempos de la acumulación primaria de capital, inseparable de la opresión colonial. Mas precisamente bajo el imperialismo esta opresión alcanzó proporciones e intensidad sin par en la Historia, y la política colonial, como decía Lenin, se hizo universal.

Hace el autor una velada referencia a lo que podríamos considerar los principales intérpretes del colonialismo. Así, por ejemplo, afirma que los imperios coloniales de los Estados capitalistas de Europa, así como de los Estados Unidos y Japón, constituían el fundamento del sistema colonial. Además, muchos países fueron reducidos a la situación de semicolonias, o sea de países formalmente con una política independiente, pero en realidad envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Antes de la I Guerra Mundial se encontraban en esta situación China, Irán, Turquía, Afganistán, Siam (hoy Tailandia), muchos países de América Latina, etc.

De todas formas, entiende el autor, un rasgo característico del sistema colonial del imperialismo era no sólo la presencia obligatoria del sometimiento político en una u otra forma, sino particularmente este sometimiento perseguía servir a los intereses del capital financiero internacional, convertido en la fuerza decisiva de las relaciones internacionales, y crear condiciones óptimas para la explotación de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Además la esclavización y el saqueo de estos pueblos, como

¹ MERLE, Marcel, y MESA, Roberto: *El anticolonialismo europeo*. Alianza Editorial. Madrid, 1972, 396 pp.

RECENSIONES

señalaba Lenin, era una parte integrante de las «operaciones» mundiales de dicho capital, orgánicamente ligada a todas sus demás actividades.

En el colonialismo, en cualesquiera de sus dimensiones, siempre ha ejercido cierta influencia el pasado. Recordemos, por ejemplo, que en su estrategia social los colonizadores se orientaban por las fuerzas del pasado y cifraban sus esperanzas en la nobleza feudal y tribal y también en los círculos compradores. Los imperialistas los empleaban como su sostén social tanto para mantener «resignadas» a las masas campesinas como para combatir a los nuevos grupos y elementos de clase dispuestos a ser promotores de la lucha de liberación nacional.

Si no nos olvidamos del hecho profundamente sugestivo de que estas páginas han sido fechadas en Moscú, no nos deberíamos de sorprender de que el autor entienda, entre muchas otras cosas, que, efectivamente, la Gran Revolución Socialista de Octubre cambió radicalmente la situación referente al colonialismo y, lógicamente, tambaleó todos los factores y provocó la crisis del sistema colonial del imperialismo. Fueron, entiende el autor, manifestaciones importantísimas de dicha crisis: primero, la liberación nacional y social de los pueblos oprimidos de la Rusia zarista; segundo, el despertar de la conciencia nacional, el auge de la lucha de liberación nacional en casi toda la periferia colonial y semicolonial imperialista; tercero, el afortunado desenlace, por primera vez en el siglo xx, de grandes batallas del movimiento de liberación nacional (la lucha de los pueblos de Turquía y Afganistán y la revolución popular antiimperialista en Mongolia); cuarto, en muchos países semicoloniales y dependientes cesa el proceso de su esclavización ulterior y surgen y adquieren influencia cada vez más activa las tendencias contrarias: de liberación y consolidación de la independencia.

No sin cierta afirmación de estirpe dogmática y, consecuentemente, excesivamente polémica se nos indica en este libro que el imperialismo llegó al fin de la II Guerra Mundial con un serio descalabro material, político e ideológico; perdió su posición predominante en el mundo. La crisis general del capitalismo se agravó sobremanera, en tanto que la potencia y el prestigio del socialismo crecieron en proporciones inauditas. La revolución socialista traspuso las fronteras de la Unión Soviética y Mongolia; se formó el sistema mundial del socialismo, que comenzó a convertirse en factor decisivo del desarrollo internacional.

Notoriamente exagera el profesor Brutents cuando asegura que el movimiento antiimperialista y anticolonial obtuvo un auge grandioso; se extendió casi por toda la periferia colonial y semicolonial del imperialismo, abarcando a amplias capas de la población de los países colonizados. También entiende el autor —tesis igualmente discutible— que el desmoronamiento del sistema colonial no se debe a una coincidencia casual de circunstancias o a la «buena voluntad» de los imperialistas. Es un proceso profundamente lógico e irreversible que refleja los cambios radicales de la situación mundial: la gigantesca ampliación de las posiciones del socialismo y del movimiento revolucionario liberador y los éxitos de su ofensiva contra el imperialismo. Con la correlación actual de fuerzas en la palestra internacional y con el vigoroso auge de la lucha de liberación, apoyada por la potente confraternidad socialista o la clase obrera internacional, la existencia del sistema colonial es imposible. Evidentemente, pues, el imperialismo no está en condiciones de impedir a los países avasallados conquistar la soberanía nacional y la independencia política. En los años de posguerra los imperialistas trataron más de una

RECENSIONES

vez de impedir a mano armada el hundimiento del sistema colonial. El fin de estas tentativas fue amargo para los colonizadores. Las expediciones punitivas condujeron a toda una serie de derrotas.

Reconoce el autor, en todo caso, que los tiempos del colonialismo «clásico», que se apoyaba en los imperios coloniales y en la violencia militar, en la dominación directa, política y económica, desaparecieron para siempre sin dejar rastro. El desmoronamiento del sistema colonial supone, en esencia, el hundimiento de este tipo de colonialismo. Precisamente este hecho irrefutable es claro exponente de que—y en este extremo el autor se nos presenta profundamente optimista—las posibilidades y estabilidad del imperialismo están profundamente minadas, debido al surgimiento del sistema socialista mundial, al hundimiento de los imperios coloniales y al auge del movimiento obrero internacional; sin embargo, el imperialismo continúa siendo un rival fuerte y peligroso del proceso revolucionario, apoyándose en su gran potencial militar y económico. En todo caso—y nuevamente el optimismo del autor sale a la superficie—«se han producido importantes cambios en la conciencia nacional y también política de las masas, así como de la opinión pública en general de las ex colonias y semicolonias; pero, como regla, no se han formado fuerzas proletarias bastante grandes y con prestigio para encabezar la lucha liberadora de la nación, y continúan actuando grupos pro imperialistas influyentes, a los cuales se inclinan a adherirse algunos grupos de la burguesía nacional, asustados por el auge del movimiento popular».

El profesor K. Brutents entiende que, en rigor, el gran impacto del neocolonialismo en donde de modo más profundo se deja sentir es, por supuesto, en el área económica. Consecuentemente, para el neocolonialismo la esfera de la economía tiene singular importancia. Si el sistema de sometimiento político directo ha sido prácticamente liquidado y con él han desaparecido en lo fundamental todas o casi todas las formas de coerción extraeconómica, la estructura económica del colonialismo ha quedado intacta en gran parte. Y ella es el puntal principal de la explotación de las ex colonias y semicolonias por los imperialistas y al mismo tiempo la palanca con la cual ellos aspiran a conservar no sólo el control sobre la vida económica de los países emancipados, sino también sus posiciones políticas, la palanca con la cual quieren dirigir el desarrollo de dichos países tanto económico como político».

Predice el autor de estas líneas en otro lugar de su obra que el evidente nivel de vida que los pueblos van adquiriendo es la mejor de todas las cortapisas para el triunfo del neocolonialismo. Así, por ejemplo, el imperialismo no tiene fuerzas para detener el progreso económico de los países emancipados. El desarrollo de las fuerzas productivas en dichos países—se refiere a Asia, Africa y América Latina—es una necesidad objetiva. La aspiración a liquidar el atraso y a progresar económicamente eran la profunda base sobre la cual se unieron en el movimiento antiimperialista amplias fuerzas sociales, inclusive la burguesía nacional que encabeza hoy muchos países emancipados. Es natural que la victoria política de dicho movimiento tiene que determinar cambios esenciales en este aspecto. Los imperialistas se ven obligados a tomar en consideración este factor, ya que, como regla, el hundimiento de los regímenes coloniales y el surgimiento de los Estados nacionales impide a los colonizadores frenar directamente por métodos administrativos el progreso económico de estos países.

No deja de ser curioso, sin embargo, que los imperialistas aceleran la evolución

RECENSIONES

capitalista de los países emancipados tanto mediante la «exportación» de elementos del capitalismo desarrollado a la vida económica de dichos países (estos elementos los introducen directamente los monopolios extranjeros) como por la vía del estímulo de las tendencias capitalistas y de la propiedad privada en el país. Por ejemplo, desde el año 1957 en los Estados Unidos existe el Fondo Gubernamental de Desarrollo Económico, que concede empréstitos en ventajosas condiciones a los industriales particulares en los países emancipados.

Los Estados imperialistas justamente introducen ventajas y garantías especiales con el fin de estimular la expansión del capital privado en las ex colonias y semicolonias, la afluencia del cual es frenada seriamente por el miedo de los inversionistas al desarrollo de la lucha de liberación nacional, a la amenaza de nacionalización, etc. ¿Cuál es, por consiguiente, el grave peligro que depara el sistema de ayudas extranjeras...? El autor es, ante esta cuestión, profundamente sobrio: con el estímulo y ayuda activa de los gobiernos imperialistas que conceden en estos casos empréstitos especiales, los monopolios practican cada vez más ampliamente la fundación en los países emancipados de firmas y compañías mixtas con participación del capital nativo, principalmente privado, y lo incorporan como socio comanditario a las empresas extranjeras ya existentes. En los Estados Unidos funciona una oficina especial de inversiones privadas que tiene por misión favorecer la «mezcla» del capital norteamericano y el nativo «en las regiones políticamente inestables». En los países de Africa Oriental, del Sur y Central la influyente firma colonial inglesa Tanganyka Concessions e incluso trusts tan grandes como Imperial Chemical Industries, British Motor Corporation y British Petroleum han fundado una serie de compañías mixtas.

Denuncia el autor, y he aquí una importante conclusión, que los imperialistas emplean todo un arsenal de medios económicos, políticos e ideológicos para inducir a determinados elementos burgueses y pro burgueses a una confabulación que, en esencia, equivale a su retroceso e incluso a la capitulación ante el imperialismo, a la renuncia a varios importantísimos objetivos nacionales y al paso, en mayor o menor grado, a posiciones antipatrióticas.

Otra de las tesis que el autor expone conviene que la registremos con cierta prudencia, a saber: que los imperialistas utilizan cada vez más ampliamente diversos resortes para contribuir al crecimiento en los países emancipados de la llamada clase media, es decir, de los elementos burgueses: empresarios, negociantes, granjeros del tipo capitalista e intelectuales y funcionarios ligados a ellos, etc. Además de las diversas formas de estímulo económico mencionados más arriba, recurren al soborno directo, sobre todo en los países que siguen una política restrictiva respecto al capital nacional. Los neocolonialistas contribuyen a la corrupción y al relajamiento de determinados eslabones del aparato gubernamental en dichos países, incitan a los funcionarios públicos a enriquecerse para ligar sus intereses a los de los grupos que se caracterizan por la propiedad privada y a los designios de los imperialistas. Realizan amplias medidas con el fin de preparar cuadros para los países emancipados, teniendo en cuenta el enorme papel y las grandes perspectivas de la juventud instruida en dichos países. En este aspecto se propone educar a los estudiantes como partidarios del «modo de vida occidental» y aumentar en estos países el número de personas contaminadas por la psicología de la iniciativa privada y dispuesta a propagarla.

RECENSIONES

Aprécia el autor, entre otras muchas cosas, que al neocolonialismo le hace falta a toda costa una «cobertura» ideológica. Teniendo en cuenta la manifiesta inconsistencia del racismo en este sentido, elaboró su propia estrategia de influencia ideopolítica y formuló una doctrina ideológica especial: La ideología del neocolonialismo es un cúmulo de ideas y planteamientos, tanto de sociología como de teoría política, que satisfacen las exigencias de la actual política colonial del imperialismo, contribuyen a realizar sus fines y justifican y encubren sus métodos.

Llega el profesor K. Brutents a la conclusión—una más de cuantas se exponen en este libro—, al hecho de que hoy en día la propaganda imperialista presenta a los comunistas como culpables de las dificultades y obstáculos que han de superar los pueblos de Asia y Africa en la lucha por la soberanía y por el desarrollo independiente. Los declaran una fuerza extraña, no patriótica, sino «importada» del exterior, que se incrusta en el movimiento liberador con el fin de utilizarlo para sus «objetivos» especiales, contrarios a los intereses nacionales de los pueblos de Oriente. Así, el profesor W. Rostow, célebre especialista norteamericano en problemas de política internacional, en una conferencia en la Universidad de Freiburg, afirmaba que «la política comunista en los países en vías de desarrollo persigue los siguientes fines: fomentar los sentimientos nacionalistas y excitar 'conflictos regionales'; obligar a los países en desarrollo a desviar sus limitados medios, cuadros y recursos energéticos de 'las tareas constructivas de la modernización del país'; estropear las relaciones entre los países en vías de desarrollo y los 'Estados democráticos avanzados' que podrían prestarles una ayuda esencial; impedir, donde sea posible, el establecimiento de una 'democracia política efectiva...»

Según el autor, tesis que varias veces evoca en las páginas de este libro, los imperialistas utilizan el anticomunismo para influir sobre las posiciones de los países emancipados en la esfera de las relaciones internacionales. Valiéndose del anticomunismo, intentan poner estos países a remolque de su política exterior, incorporarlos a las alianzas y los bloques militares políticos pro imperialistas, frenar el desarrollo de los contactos y relaciones de las ex colonias y semicolonias con el mundo socialista e incluso enfrentarlos a los Estados socialistas. Los imperialistas—asegura el autor en otro lugar de su obra— apelan con frecuencia a la solidaridad de clase de las capas privilegiadas que se encuentran en el poder en muchos países emancipados. Prácticamente los imperialistas se proponen como tarea impedir de uno u otro lado a estos países utilizar las ventajas que les proporciona la existencia del sistema socialista mundial, privarlos o, por lo menos, limitar las posibilidades de apoyarse en los Estados socialistas para la lucha contra el colonialismo. De hecho los imperialistas intentan convertir las regiones del mundo colonial y semicolonial en una especie de teatro de la «guerra fría» contra los Estados socialistas. Siguen considerando hasta hoy los países en vías de desarrollo como objeto de la política internacional, como zona de influencia de las potencias imperialistas y de su rivalidad.

Lógicamente, en las páginas centrales de la obra que motiva el presente comentario, surge la inevitable tesis tendenciosa, a saber: que los partidos comunistas son partidos de la clase enemiga irreconciliable de toda opresión y de toda explotación, y, por lo tanto, es capaz de expresar consecuentemente los supremos y auténticos intereses de la nación, de ser firme e intrépido luchador contra el colonialismo. Los objetivos de esta clase

corresponden por entero a los objetivos del movimiento de liberación nacional. La Historia ha encomendado al proletariado un papel singular en este movimiento. Es su abanderado, su destacamento más avanzado y combativo. Es capaz de resolver radicalmente y sin vacilaciones el problema agrario y de expulsar definitivamente a los monopolios extranjeros de la vida política y económica de los países de Asia, Africa y América Latina; es decir, de realizar medidas a las cuales no se decide la burguesía nacional en la mayoría de los países. *La clase obrera es el portador más consecuente del patriotismo, y su partido es el partido más patriótico de la nación.* Así lo demuestra toda la historia de la lucha de liberación nacional.

El profesor K. Brutents efectúa otra denuncia, que debemos evocar aquí y ahora, a saber: que los ideólogos imperialistas falsifican también el problema del surgimiento del «nacionalismo», es decir, del movimiento de liberación nacional. Silencian los verdaderos factores socioeconómicos—la opresión y la explotación colonial—que determinaron el auge de la lucha antiimperialista y anticolonial e intentan explicarla por motivos exclusivamente psicológicos e ideológicos. Afirman que el movimiento de liberación nacional surgió como resultado del «choque» de las «civilizaciones» profundamente distintas de Occidente y Oriente, como resultado de la influencia ideológica de Occidente, de sus escuelas filosóficas, de su sistema de instrucción, etc. En esencia, acaba afirmando el autor, ésta es la posición de casi todos los científicos burgueses que escriben sobre los problemas de los países emancipados. La diferencia consiste más bien en que unos ponen el acento en el «complejo de inferioridad», surgido, según ellos, en relación con el atraso técnico de los países en vías de desarrollo; otros prefieren conceder prioridad a la influencia puramente ideológica de las «instituciones democráticas» de Occidente, y otros hablan de la influencia preferente de la «tecnología» occidental.

Analizando con detenimiento algunas de las afirmaciones expuestas por el autor de este libro, podemos llegar a la conclusión de que, por otra parte, los propios líderes soviéticos contemporáneos no se oponen a lo que podríamos considerar como el régimen de las «inversiones extranjeras». Efectivamente, leemos en estas páginas, «los comunistas nunca se han opuesto tampoco a los empréstitos extranjeros para los fines del progreso económico y social. Es cierto que la Unión Soviética resolvió sus problemas sociales y puso pie firme en su economía sin ayuda extranjera. Pero no fue una elección libre, sino el reflejo de una ruda necesidad. La Unión Soviética se encontraba bloqueada; el mundo capitalista la había condenado al ostracismo político y económico. Hoy la situación es distinta. Como se sabe, la Unión Soviética ha prestado y presta gran apoyo financiero y técnico a los Estados socialistas y ha desplegado una amplia cooperación económica con los países en desarrollo».

Un tema que preocupa enormemente la mente del autor de estas páginas es el referente a la gran separación que existe en el mundo contemporáneo entre las llamadas naciones «ricas» y naciones «pobres». Por lo pronto, según leemos en este libro, la concepción de las naciones «ricas» y de las naciones «pobres» se difunde últimamente cada vez más en los países capitalistas y sobre todo en los países en desarrollo. La propaganda de algunos políticos, líderes sociales y publicistas, ante todo de tendencia conservadora, de los propios países emancipados. «Cuando se habla del socialismo en el siglo xx—declaró el presidente de Senegal, Leopold Sedar Senghor, en una entrevista concedida al periódico francés *Le Monde*—, hay que comprender que hoy la mayor

desigualdad no es la desigualdad entre las clases sociales dentro de un país, sino la desigualdad entre los países a escala mundial.»

En todo caso, piensa el autor, debe tenerse en cuenta que la concepción de las «naciones burguesas» y las «naciones proletarias» no establece diferencia entre los Estados socialistas y los Estados capitalistas e imperialistas. Los une en un mismo grupo, los incluye en una misma categoría como naciones «ricas» y «desarrolladas» y en esencia iguala a los países socialistas y a los imperialistas en lo que se refiere a su situación histórica y posiciones políticas respecto a las ex colonias y semicolonias. De este modo, los Estados socialistas que alcanzaron un alto nivel de desarrollo con sus propias fuerzas, gracias a las ventajas de su régimen social y a los heroicos esfuerzos de sus pueblos y que siempre han estado y están contra todas las manifestaciones de opresión nacional y social, que prestan constante apoyo a la lucha de los países avasallados por su liberación, son puestos al mismo nivel que los Estados imperialistas, que impusieron el yugo colonial a cientos de millones de seres humanos, que deben su potencia en un grado considerable a la explotación colonial y sobre los cuales recae la responsabilidad ante la Historia por el atraso y la miseria de los pueblos de Asia, Africa y América Latina.

Considera el autor que, quiérase o no, los razonamientos sobre las naciones «ricas» y «pobres» velan la esencia del colonialismo y neocolonialismo, los verdaderos fundamentos económicos y de clase de la esclavización y explotación coloniales y la responsabilidad histórica del imperialismo por todo eso. Como indicaba con razón el semanario *Mainstream*, «la división mecánica del mundo en el 'Norte rico' y el 'Sur pobre'... corresponde claramente a la concepción formulada por los propagandistas occidentales. El afán de negar la profunda y cardinal diferencia que existe entre el sistema económico y social de los países industrialmente desarrollados de Occidente y el Japón, por un lado, y la Unión Soviética con sus aliados europeos orientales, por otro, únicamente debilita las posiciones de los países en vías de desarrollo, que intentan obtener condiciones más favorables de comercio internacional y de ayuda económica extranjera. Esta artificiosa división del mundo en países 'ricos' y 'pobres' permite a las potencias occidentales eludir la responsabilidad material y moral por el estado actual de la economía de los países en desarrollo».

En las páginas centrales de la obra el autor procede a efectuar un detenido análisis de lo que podríamos considerar las formas y métodos del neocolonialismo. Está, a los ojos del doctor K. Brutents, que las formas y los instrumentos políticos y político-militares del neocolonialismo surgieron, en cierto modo, de las instituciones coloniales y son herencia directa de los regímenes coloniales, o bien han surgido ya en el período poscolonial. En el primer caso, naturalmente, se trata sólo de las ex metrópolis. Debemos tener presente que muchas formas e instrumentos políticos y político-militares (y también económicos) del neocolonialismo fueron «preparados» y «creados» por las metrópolis ya durante la administración colonial. En los primeros años de la posguerra los colonizadores fueron sorprendidos en cierto sentido y a veces retrocedían a la desbandada. Entonces la «preparación» del neocolonialismo, en su mayor parte, no tenía todavía el carácter de una política consciente de las metrópolis, sino era, en un grado considerable, consecuencia de un proceso espontáneo: las premisas del neocolonialismo se encuentran principalmente en los resultados objetivos de la dominación colonial, que

RECENSIONES

tiene como «legítimo» heredero al neocolonialismo, así como determinados «restos» de la administración colonial.

El neocolonialismo en la actualidad presenta una especialísima estructura. Consecuentemente, dice el autor, «estrechamente unida a la política del neocolonialismo está la aparición de una serie de agrupaciones políticas y político-económicas, de las que forman parte los países emancipados de la zona geográfica correspondiente. A pesar de que, como regla, las potencias imperialistas no pertenecen a ellas, son éstas precisamente las inspiradoras e incluso las organizadoras inmediatas de muchas de dichas agrupaciones. No obstante, sería erróneo considerar que incluso las mencionadas alianzas y asociaciones —sin hablar ya de algunas otras organizaciones regionales de los países en desarrollo— son simples formas del neocolonialismo. Es más correcto partir de que el neocolonialismo ha puesto o trata de poner a su servicio estas asociaciones, y si ya lo ha logrado, ve su misión en conservarlas para este papel. Al mismo tiempo, los imperialistas, al crear estas organizaciones y emplearlas en interés del neocolonialismo, tomaban como 'aliados' varias necesidades reales de las ex colonias y semicolonias, como ocurre con frecuencia cuando se trata de unos u otros actos neocolonialistas. Explotaban a menudo como señuelo el verdadero interés de estos países por ampliar las mutuas relaciones políticas, económicas y culturales y el desarrollo de la colaboración regional».

Innecesario es el advertir que, a juicio del autor, de todas las estratagemas, métodos o palancas que el neocolonialismo suele poner en juego hay uno que priva considerablemente sobre todos, a saber: el factor o elemento esencialmente económico. Por lo tanto, pensamos, ninguno de los futuros lectores de estas páginas se sentirá especialmente sorprendido ante la siguiente advertencia del profesor K. Brütens: «El principal instrumento económico del neocolonialismo es la llamada ayuda a los países en vías de desarrollo. Y al propio tiempo es el más potente y eficaz de todos, ya que en los países emancipados subsisten la dependencia y las dificultades económicas. Con el nombre de 'ayuda'—a propósito, lanzado con mucha astucia por la prensa imperialista para dar un aspecto respetable a esta peligrosísima palanca del neocolonialismo— denominan el suministro de víveres según el programa norteamericano de exportación de 'excedentes' de la producción agrícola, los empréstitos, los subsidios, los créditos mercantiles y de otro género y el concurso técnico de las potencias imperialistas a los países en desarrollo de Asia, Africa y América Latina. La 'ayuda', que es de por sí un instrumento de la expansión económica de los monopolios, sirve al mismo tiempo—y en una medida mucho mayor que cualquier otro recurso del neocolonialismo—a los objetivos comunes de la política colonial, asegura en alto grado el funcionamiento y la eficacia de las demás formas y métodos del colonialismo.»

Luego de referirse con cierto detenimiento a las diferentes clases de «ayudas», el autor pasa a señalar que, efectivamente, en los marcos de la «ayuda» un fenómeno tradicional como los empréstitos estatales tiene la impronta de cierta novedad. Por supuesto, su naturaleza socioeconómica principal y su esencia imperialista no varían. Es la exportación de capital, pero de un género especial. Su peculiaridad consiste en alto grado en que es estimulada, orientada y regulada no por los móviles económicos, sino, en primer término, por motivos políticos, por los intereses de la lucha de clases mundiales y también en cierta medida por las contradicciones interimperialistas.

Comprende el autor, en todo caso, que la «ayuda» económica es importantísima y,

RECENSIONES

si se quiere, trascendental; pero todavía hay algo que reviste también cierta importancia: «posee también un importante fondo político la llamada asistencia técnica, que comprende el envío de expertos, especialistas y profesores a los países en desarrollo, la preparación de personal para estos países tanto en ellos como concediendo becas en los centros docentes de los Estados imperialistas, la entrega de documentación técnica, etc».

Por otra parte, he aquí una sugestiva denuncia que el autor de este libro realiza y que tiene su fondo de verdad: «los neocolonizadores prestan especial atención a introducir sus especialistas y expertos en las fuerzas armadas y en el sistema de preparación de cuadros oficiales. Según datos de J. Lovell, profesor de la Universidad de Indiana, y G. Kim, profesor de la Universidad de Michigan occidental, más de noventa países envían su personal militar a los Estados Unidos para su instrucción. J. Lovell y G. Kim revelan con bastante franqueza el sentido ideológico y político de este aspecto de la actividad de los círculos imperialistas. Un número enorme de militares asiáticos llega a los Estados Unidos para capacitarse en diferentes establecimientos norteamericanos. Durante los últimos años el número anual de este personal militar en contacto directo con las condiciones e ideas norteamericanas es de ocho mil hombres... Es más: en sus respectivos países el personal militar nativo trabaja con frecuencia codo con codo con sus colegas norteamericanos».

Con cuanto antecede el autor llega a la exposición de la tesis que desde un principio el propio lector espera que se la indique de un momento a otro, a saber: que la «ayuda» se emplea para la *influencia política* directa y activa o, más exactamente, para presionar sobre el rumbo de los jóvenes Estados nacionales en los asuntos interiores y exteriores y va acompañada con frecuencia de condiciones de carácter a todas luces no económicas para el apoyo inmediato a los regímenes fantoches y los aliados militares miembros de las alianzas agresivas, así como a los gobiernos que están dispuestos a seguir el curso de la política imperialista y para el soborno directo o indirecto de parte de los círculos gobernantes y de ciertos grupos sociales en los países emancipados.

El autor profundo empecinado en la idea que acabamos de exponer vuelve a subrayar, líneas más adelante, que ciertamente, «cuando en el análisis se comprueban los hechos indiscutibles que demuestran que la 'ayuda' se utiliza para sostener y estabilizar los regímenes dóciles, para abrir paso al capital extranjero y contribuir a la organización de compañías mixtas con empresarios nativos, para el estímulo de la exportación y conquista de los mercados, en la vida, en la realidad económica y política se trata siempre de regímenes 'obedientes' ante todo a una potencia determinada, la que presta el concurso de los privilegios a su capital financiero, de la consolidación de la influencia de este capital sobre la iniciativa privada nativa en los países en vías de desarrollo, del aumento de la exportación de dicha potencia, etc. Por eso, la 'ayuda', que desempeña el papel de instrumento para realizar los fines imperialistas puede ser al propio tiempo una forma de lucha y competencia entre los imperialistas».

En las páginas finales del libro, sin ningún disimulo de clase alguna, el autor asegura dogmáticamente —y ésta es la tesis que le hace conducirse con bastante nerviosismo a lo largo de toda la obra— que los Estados Unidos de Norteamérica representan la fuerza principal que defiende la posición imperialista, que se arrojan este papel incluso en las ex colonias y semicolonias y lógicamente asumen las funciones

RECENSIONES

de ser los principales defensores del colonialismo y, consecuentemente, se conducen como el mayor enemigo de la independencia y el progreso social de los pueblos de Asia, Africa y América Latina.

En rigor, subraya el autor de este libro, Norteamérica, como la potencia imperialista más fuerte, desempeña el papel de gendarme respecto del movimiento de liberación nacional. El imperialismo estadounidense cometió la agresión a Corea, protegió con sus bayonetas a la pandilla de Chiang-Kai-chek en Taiwán, realizó la intervención armada en el Cercano Oriente en 1958, lanzó a los «marines» y paracaidistas contra la República Dominicana y desencadenó la sangrienta guerra de agresión contra los pueblos de Indochina. Los Estados Unidos inspiraron la agresión de Israel a los países árabes.

En versión del profesor K. Brutents—cuyas tesis no son, ni mucho menos, esencialmente objetivas—, pueden ser recapituladas en la siguiente exposición ideológica, con la que podemos poner punto final a nuestro superficial comentario crítico: «Los Estados Unidos, el país más rico y potente económicamente del imperialismo, poseen palancas económicas más eficaces que otras potencias coloniales para realizar la política del neocolonialismo. Desempeñan con frecuencia el papel de 'banquero conjunto', enviando a los países emancipados un torrente de inversiones, que son una especie de 'caballo de Troya' de los monopolios yanquis. Los Estados Unidos es el principal proveedor de la llamada 'ayuda' a los países atrasados. Los monopolios norteamericanos se esfuerzan por aherrojar a los países emancipados con las cadenas del yugo financiero y sobornan a determinados grupos políticos y sociales de dichos países...»

Finalmente—tesis que exponemos por nuestra cuenta y riesgo—, no creemos que sea tan profunda la acentuación de la rebelión contra el neocapitalismo que subraya el autor: «en el mundo imperialista se han reforzado las dificultades políticas y sociales, han continuado agudizándose los conflictos sociales y las contradicciones anti-imperialistas. La clase obrera ha conquistado nuevas posiciones, han adquirido inusitado vigor, distintos movimientos democráticos y acciones juveniles, con la particularidad de que precisamente los Estados Unidos han sido uno de los epicentros de los disturbios y conmociones sociopolíticas en el mundo capitalista».

El gran defecto de estas páginas, por supuesto, radica en la tibia objetividad con la que ciertos problemas son analizados. Lo cual, si tenemos presente el lugar en donde se ha efectuado la edición de la obra, puede parecer cosa normal, lógica y comprensible.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JACOB M. LANDAU: *Man, State and Society in the Contemporary Middle East*. Praeger Publishers. New York, Washington, London, 1972, 532 pp.

Los editores de este libro lo definen como una introducción objetiva para el conocimiento y el estudio de todos los cambios más salientes que han tenido lugar en el Cercano Oriente en los aspectos políticos, sociales y culturales, después de la Segunda Guerra Mundial. Pero al examinar la obra más detenidamente, atendiendo no sólo a los propósitos, sino a la metodología de la selección y al criterio de la selección de los

RECENSIONES

temas, se comprueba que no se trata de una introducción, sino de una cala muy honda que llega hasta el substracto de los problemas a la vez más arraigados y más dinámicos.

Jacob M. Landau ha sido el planificador y coordinador de una sucesión de monografías debidas a una selección de autores, entre los cuales los definidores ideológicos y otros «líderes» políticos alternan con especialistas orientalistas europeos y con profesores de orígenes árabes y judaicos. Algunos de los trabajos insertados han sido escritos expresamente para este libro. Otros han sido tomados de textos ya conocidos de varios dirigentes, en razón de su carácter documental (por ejemplo, los de Gamal Abdel-Nasser, Mahmud Teymur, Abderrahman Bazzaz, Abba Eban, etc.). Cada uno de los unos y de los otros puede leerse y estudiarse separadamente, pero entre todos producen un efecto de acercamiento real a la entrada de los acontecimientos y de los fondos humanos sobre los cuales se desarrollan.

Una enumeración del contenido de las monografías es por ello indispensable. El conjunto se divide en dos partes, de las cuales la primera está dedicada a los Estados y a la política internacional regional, mientras la segunda se ocupa de las sociedades y los seres humanos, minorías raciales y confesionales, vida nómada y sedentaria, problemas educativos, papel femenino en las sociedades árabes y la israelí, etc.

Los principales temas que figuran en la primera parte tratan de la ideología del nacionalismo panárabe; del estilo de la revolución egipcia; el papel de la acción militar en los cambios de las sociedades de formas árabes; el papel de los partidos en el desarrollo de los países del arabismo; el papel de la religión en la política israelí; el papel de la democracia multipartidista en Israel, etc.

La segunda se va ocupando de los grupos étnicos y religiosos; las minorías en el Oriente árabe de hoy; los enigmas del futuro político israelí; los dilemas del idioma; la idea del progreso en las aldeas del Iraq; el papel de los campamentos de los beduinos; los *kibbutz* en Israel; los problemas del regadío y los de los petróleos, etc.

En último término figura una bibliografía cuidadosamente seleccionada, centrada precisamente sobre el núcleo de países comprendido entre Egipto y el Iraq incluidos. No figuran, por tanto, las zonas norteafricanas del Magreb (entre Libia y Marruecos) ni tampoco los países islámicos del Cercano Oriente que son ajenos a las palabras-consignas del llamado «arabismo». También es significativo, desde el punto de vista cronológico, que en la parte política los hechos y los datos se hayan concentrado sobre todo lo ocurrido posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. Aunque la segunda parte de la obra (o sea la de las sociedades) recoge datos geopolíticos perennes que incluso datan desde antes de la anterior guerra de 1914-1918.

Además del contenido, es interesante tener en cuenta los pensamientos del recopilador y presentador, Jacob M. Landau. Se trata de un profesor adjunto de Ciencias Políticas en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Ya había destacado por varios libros personales anteriores sobre la vida parlamentaria y los partidos en Egipto, la peregrinación musulmana y el estudio político de la situación de los árabes que son ciudadanos de Israel. En el libro *Man, State and Society in the Contemporary Middle East*, Jacob M. Landau incluye un estudio suyo sobre el llamado «Grupo Al Ard». Se trata de un pequeño partido político compuesto por árabes de los integrados dentro de Israel, el cual ejerció sobre todo sus actividades entre los años 1959 y 1964. El análisis y el relato de las actividades del partido «Al Ard» (cuyo nombre significa «La tierra») resulta una mono-

RECENSIONES

grafía muy útil para poder determinar el ambiente de las posibilidades políticas internas de la minoría palestina dentro de Israel antes de la apodada «guerra de los seis días».

Personalmente la figura de Jacob M. Landau tiene otro aspecto relevante. Es el de ser un analista totalmente frío e imparcial, que, a pesar de figurar en los cuadros culturales universitarios judíos de Israel, no se deja arrastrar por los puntos de vista oficiales y oficiosos del Estado sionista. En realidad, Jacob M. Landau recoge una de las mejores características que siempre ofreció la Universidad Hebrea de Jerusalén desde que fue orientada por su primer rector, el famoso doctor Judah Magnes, convencido defensor de una «causa semítica», en la cual él luchó para una hermandad efectiva con los árabes de Palestina y las zonas contiguas. Hasta su muerte, poco después de la Segunda Guerra Mundial.

Volviendo a enfocar el conjunto geográfico humano de todo aquel sector al este del Mediterráneo, ha de hacerse notar que, a pesar de ser tan grandes (y a veces tan enormes) las diferencias de estructuras internas y de programas externos, que los separan y diferencian en lo circunstancial (sobre todo económica y culturalmente), hay unas características generales de condiciones vitales y ambientales que relacionan estrechamente sus mutuos destinos, aunque los gobernantes de sus diversos Estados y Estadillos no siempre estén conformes. Una de sus determinantes forzosa la constituye la climatología, que hace alternar zonas de riegos intensos por ríos enormes y otras zonas áridas. El petróleo también establece en lo actual enormes desniveles de riqueza y pobreza, tales como los que, por ejemplo, existen entre Kuwait y el Yemen. Existen otros enormes niveles étnicos-culturales, como entre el Líbano y el Sudán. A pesar de todo, hay inconvenientes comunes para los ricos y los pobres, tales como el de la sequía atmosférica, los excesos de las presiones demográficas y etnográficas y las sacudidas de las diversas ideologías socialistas.

Los enlaces intensos de las comunicaciones comunes del conjunto, desde las fronteras del Sahara libio hasta los bordes fronterizos que lindan con Persia, podrían ofrecer soluciones totales si se anulasen los obstáculos de las infinitas fronteras, artificiales y demasiado apretadas. A ello se vienen oponiendo demasiados prejuicios locales y comunales, pero que pocas veces tienen su origen directo en unos pueblos regidos desde siglos por el «derecho de la sangre» y acostumbrados a que gentes de varias razas y creencias convivan sin mezclarse ni pelearse. En realidad, la mayor parte de las culpas de las luchas internas que se han venido dando en los pueblos de los que desde Norteamérica se ha dado en llamar *Middle East* se ha debido a las grandes polémicas mundiales que los azuzaban. Después de ser suprimido el imperio turco-otomano, fueron Gran Bretaña y Francia las que introdujeron el caos en Oriente árabe y arabizado. Luego siguieron las potencias del Eje; más tarde, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Y aún quedan probabilidades de China y Japón... De todos modos, no por estas presiones internacionales exteriores pierde interés el conocimiento de las regiones y los pueblos del *Middle East*, sino que lo refuerzan y subrayan. El libro que ha realizado Jacob M. Landau es, sin duda, un instrumento muy útil tanto para una ojeada general panorámica como para varias aplicaciones documentales y de consulta.

RODOLFO GIL BENUMEYA

CARL CARSTENS y DIETER MAHNCKE: *Westeuropäische Verteidigungskooperation*. München-Wien, 1972, R. Oldenbourg Verlag, 256 pp.

La coordinada defensa de la Europa occidental ha de constituirse en un factor importante de equilibrio entre las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética; por cierto, no puede sustituir las tropas americanas en Europa, pero sí contribuiría considerablemente a su presencia completándolas al mismo tiempo mediante una cooperación más eficaz que como resulta ser hasta ahora. Francia está, por el momento, fuera del sistema defensivo; sin embargo, ella misma se dará cuenta, tarde o temprano, de que su *grandeur* sin Europa nunca llegará a ser realidad. En cierto sentido, y basándose en hechos históricos, Alemania y Gran Bretaña fueron enemigos contra su propia voluntad y debido a las intrigas francesas. Superada la crisis «franco-alemana» por razones más bien personales de amistad entre Adenauer y De Gaulle, la *grandeur de la France* adquiriría un poco de su significado napoleónico-imperial degollista después de haber fallecido Adenauer. Poco después se va el propio protagonista de la «Francia neoimperial», y su sucesor, Pompidou, por mucho que intentase, no puede impedir que los socialdemócratas germanos, con Willy Brandt al frente, le arrebatasen una que otra carta estratégica en el juego de tanteo en la política Este-Oeste. De Gaulle fue el protagonista de la «apertura»; Willy Brandt la llevaría a cabo, y ahora París se ve obligado a «frenar» aún más por la entrada de Gran Bretaña, amiga de Alemania, en la Comunidad Económica Europea. La *Ostpolitik* no es asunto puramente alemán, sino de la CEE y de la NATO. No obstante, la política europea de cooperación de la defensa ya no depende única y exclusivamente de Francia, sino más bien de Gran Bretaña y la República Federal de Alemania, bien secundada de otros países, como Países Bajos, Bélgica, Italia y algunos países más, actualmente todavía al margen...; España, Grecia... (?). Turquía, con más de medio millón de hombres bajo armas, es el aliado más seguro de la NATO en el flanco más débil de la misma; Portugal dispone, de su parte, de 218.000 hombres (!) al servicio de la alianza atlántica, sólo que unos 150.000 han de luchar por la causa europea en «sus colonias». Haciendo gala a su fidelidad a su alianza de muchos siglos a Gran Bretaña, Portugal aporta a la defensa europea más que ningún otro país, teniendo en cuenta sus recursos humanos y económicos. ¿Por qué no decirlo? Parece que Europa se aprovecha de algunos países limítrofes en su favor; hasta ahora serían Portugal, Grecia y ante todo Turquía. Veamos las cifras en el cuadro de la página siguiente.

A pesar de que Irlanda no entra en la presente estadística, Francia se queda, en vez de en primera posición, en la última y además fuera de la defensa europea, como si se tratase de un concepto típicamente «neoimperial» de que *Francia es Europa, Europa es Francia*; por tanto, toda Europa tendría la obligación de defender a Francia. ¿Por qué? A partir de 1789, Europa ha sido sacudida por la «Revolución francesa», y es bien sabido que la «Gran Revolución bolchevique de octubre de 1917» no es más que la continuación de la «revolución francesa», esta vez con minúscula. Francia continúa pretendiendo mandar, pero ya no es capaz de mandar...; ésa es su tragedia, a pesar de su «grandeza». Por esta razón, incluso en la presente publicación, se constata y al mismo tiempo se espera que se incorpore... a Europa. Pues bien, es mejor dejar a

RECENSIONES

ESTADO	Total de fuerzas armadas	Presupuesto de defensa en millones de dólares en mayo de 1971
1. Bélgica	96.500	594
2. República Federal de Alemania	467.000	5.961
3. Dinamarca	40.500	410
4. Grecia	159.000	338
5. Gran Bretaña	380.900	6.333
6. Italia	414.000	2.651
7. Luxemburgo	550	9
8. Países Bajos	116.500	1.161
9. Noruega	35.900	411
10. Portugal	218.000	398
11. Turquía	508.000	446
TOTAL	2.436.850	18.712
Si se añade a Francia	501.500	5.202
<i>Summa summarum</i>	2.938.350	23.914

Francia en el lugar que había escogido, por la sencilla razón de que Europa sin Francia no va a perder gran cosa... Los franceses han inventado un mundo «suyo», que a la hora actual ya «no es suyo»; por ello se han apartado, pero que, tarde o temprano, tendrán que reconocer y adherirse a él y no que el mundo entero se adhiera a la *grandeur française*. El siglo XVIII y parte del XIX eran de Francia hasta la Segunda Guerra Mundial. Si actualmente Francia está apartada del Pacto del Atlántico, es porque los alemanes y los ingleses han demostrado que son más europeos que los tradicionales aliados antieuropeos franco-rusos. Lo que pasa es que en París ni siquiera las nuevas generaciones, que pretenden ser «europeístas», han llegado a darse cuenta de esta realidad. Este es el peligro de parte de Francia contra Europa.

La cooperación europea de defensa se desarrolla dentro de la colaboración atlántica. Este presupuesto, igual que la relativa efectividad de la colaboración atlántica en el seno de la NATO, repercutiría hasta ahora de una manera diferente: 1. Casi todos los países de la Europa occidental han confiado su propia defensa en los Estados Unidos. 2. Debido al monopolio nuclear americano, no surgía la necesidad de colaborar en el campo del armamento convencional. 3. La alianza atlántica resultaría ser el instrumento más apropiado de defensa para los países europeo-occidentales. Con este triángulo de repercusiones se consiguió avanzar por el camino de la integración europea, evitando problemas que normalmente se habrían planteado entre diferentes Estados. Desde hace varios años, los Estados europeos miembros de la NATO—excepto Francia, Islandia y Portugal—discuten la posibilidad de cooperar militarmente, y con este fin han creado el llamado grupo europeo (Euro-Group) de la alianza atlántica.

RECENSIONES

.. Los aspectos fundamentales del problema planteado residen en la propia existencia de la Europa occidental. Lo cierto es que la base política acusa grandes lagunas: persisten divergencias entre los Estados en cuestión; asimismo surge el problema de la coordinación con los americanos. No menos importante es la voluntad de defenderse por sus propios medios y salvaguardar su independencia frente a la URSS y los Estados Unidos.

La colaboración en tal sentido tendría que pasar por varios grados de formación: 1) la fase de planificación y experimentación; 2) sistematización, y 3) «unión política». En todo caso, habría de proceder de tal forma que los americanos no abandonasen a Europa, al menos no definitiva y completamente. En gran parte, el éxito depende de la toma de conciencia comunitaria, y a la larga, los americanos no podrán sufragar la totalidad de gastos para la defensa europea. Ha de persistir la alianza atlántica, y la colaboración europea ha de llevarse a cabo en un ambiente de consultas mutuas con los Estados Unidos.

Una de las condiciones fundamentales de un plan de defensa militar común europea es la conservación de la libertad; por tanto, todos los esfuerzos encaminados a la protección de una existencia libre de Europa han de manifestarse de tal manera que un posible agresor desista de sus ambiciones expansionistas. Creemos que sí vale la pena defender dicha libertad y existencia en y de Europa. Si existe un adversario potencial ha de haber un sistema defensivo. Se puede presumir que el peligro proviene del Este; concretamente, de la URSS. Por otra parte, la defensa europea ha de ser encuadrada en los esfuerzos de la distensión general en las relaciones entre Este y Oeste. También es menester tener en cuenta la idea de que la unificación política de la Europa occidental es un fin de por sí, digno de cualquier intento serio para ofrecerle garantías de seguridad a largo plazo, pero siempre en estrecha colaboración con Norteamérica. Tarde o temprano, otros países europeos (Suecia, Suiza, Austria, Malta, Finlandia) podrían contribuir en una u otra forma a la defensa europea, aunque de mayor importancia sería el papel desempeñado por España.

Son varios los autores que colaboran en la preparación de la presente obra, que forma parte de los *Escritos del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana de Política Exterior*, de Bonn. Entre los grandes problemas relacionados con la defensa europea destacan los siguientes: 1) El cuadro político; 2) Política de defensa; 3) Conceptos estratégico-militares; 4) Las fuerzas armadas; 5) El armamento, y 6) Las instituciones. El caso de Francia es abordado aparte. Dentro de la misma tarea se están preparando otros trabajos, cuyo fin consistiría en contribuir positivamente a la causa de la libertad en Europa. Según parece, especial atención se prestará a España.

.. Europa camina hacia la definición de un destino común, hacia «su propio destino». En tal caso, es imposible que no disponga de sus propios medios de defensa. De eso se trata...

STEFAN GLEJDURA